

LA MARCIA QUE YO QUISE

Beatriz BERNAL

Conocí a Marcia en 1982 cuando comenzaba sus estudios en la Facultad de Derecho de la UNAM, donde yo daba clases de derecho romano. Sin embargo, mi primera relación con ella no fue la de maestra-alumna, sino la de mamá de mi hija Bettina, quien, a la sazón, iniciaba también su carrera de derecho, y entabló de inmediato una gran amistad con ella. Un año después, viendo el interés que Marcia tenía por la vida académica, y teniendo en cuenta sus obvias cualidades —inteligencia, capacidad de estudio, responsabilidad y simpatía— la invité a ser mi adjunta en las clases de derecho romano. Allí nació una gran amistad, no sólo con mi hija Bettina, sino también conmigo, lo que me hizo vigilar de cerca sus avances, no sólo en el mundo académico, sino también en su vida personal. Más tarde, cuando ambas, mi hija y ella, llegaron al último año de la carrera, les impartí clases de historia del derecho. También contacté con el grupo que habían integrado a lo largo de sus años en la Facultad, un grupo de alta calidad, diría yo de excelencia, entre los que destacaban, además de Marcia y Bettina, Mario y Verónica Aguilar y Maya, primos de Marcia, Enrique de la Madrid, Héctor Fix-Fierro, Ignacio Villagorhoa, Miguel González Compeán, Cecilia Jordán y otros.

Pasado un tiempo, siendo ya Marcia becaria del Instituto de Investigaciones Jurídicas, donde trabajó hasta su muerte, inició la dirección de su tesis de licenciatura en el área de historia del derecho, que culminó bajo la dirección del doctor José Luis Soberanes, con motivo de mi ida a Madrid, España, a trabajar como profesora en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense.

Es que Marcia antes de dedicarse a los estudios de informática jurídica y al final de su vida a los del genoma humano desde el punto de vista del derecho, disciplinas donde cosechó muchos éxitos, quería ser historiadora del derecho. Ella era así de inquieta. Sin embargo, a pesar de mi

lejanía al cambiar de continente, que duró quince años, jamás dejé de tener contacto con Marcia. Un contacto indirecto a través de los numerosos correos electrónicos, muy agradables y bien escritos que me enviaba y yo contestaba religiosamente. Y un contacto directo debido a mis frecuentes viajes a México (dos por año), en los cuales la procuraba siempre. Marcia estaba en mi agenda de visitas y salidas con los amigos más queridos mexicanos. Tanto es así que, unos meses antes de que ella muriera, estuvimos juntas en Puerto Marqués, Acapulco, en sendas villas que rentaron mi hija Bettina y la hermana de Marcia, Paloma, para esperar el 2005.

Ahora bien, no es mi intención dejar constancia en este escrito del excelente currículo de Marcia como académica en la UNAM, eso ya lo han hecho otros colegas en las semblanzas que inician los varios tomos de este merecido homenaje escrito que el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM le hace. Lo que pretendo es hablar de esa muchacha que compartió conmigo tantos años de amistad y profundo cariño que me hizo verla como una hija más. “Mi madre putativa”, me llamaba ella en un principio, luego sustituyó el apelativo por el de “madre académica”, pienso que influenciada por su propia madre, doña Susana Medrano, también, como toda su familia muy unida a la mía. Dicho en otras palabras, lo que quiero es señalar y dejar constancia imperecedera (los libros van más allá de las personas) de las cualidades que hicieron de Marcia Muñoz de Alba Medrano una mujer excepcional.

Marcia era muy guapa, muy bien educada, inteligente, simpática, estudiosa y con mucho sentido del humor. Era de esas chicas que al conocerla y tratarla uno pensaba y decía ese lugar común que reza: “ha llegado primera en el reparto”, en el reparto de dones, se entiende. Pero sobre todos esos dones destacaban, y por eso la admiré y la quise mucho, su bondad, su sentido de la amistad, su alegría, su vitalidad, su espíritu aventurero y su valentía, sobre todo su valentía.

La bondad es un atributo de la inteligencia. “No hay tonto bueno”, solía decirme mi maestro Wenceslao Roces, y esa frase la recordé cuando conocí y traté a Marcia y la invité a ser mi adjunta de derecho romano en la mencionada Facultad. Y no me arrepentí, porque Marcia siempre fue bondadosa, leal y comprensiva conmigo y con mis alumnos, sirviendo de intermediaria en los momentos de tirantez que a veces se daban entre ellos y yo, quizá por mi dificultad en entender, a la primera vuelta, el có-

digo lingüístico que ellos o yo usábamos. “No debes decirles brutos”, me corregía Marcia, “eso aquí en México suena muy fuerte”.

Y fue esa bondad y delicadeza la que la llevó a desarrollar un sentido de la amistad que demostró cumplidamente con los muchos y entrañables amigos que hizo a lo largo de su corta vida. También lo demostró, aunque ya ausente, en el momento de sus funerales. Yo no estuve presente, pero según mi hija fueron muchísimos los que se acercaron a la funeraria Gayosso a darle el último adiós. Y muchas las expresiones de pena y tristeza de quienes la acompañaron hasta el final. Yo tuve que contentarme con elaborar el duelo en Madrid hablando y consolándome con Jorge Carpizo, amigo común de nosotras. Aunque ambos sabíamos de su enfermedad, nos costaba trabajo aceptar que esa buena y linda muchacha se nos fuera a tan temprana edad.

Otra de las cualidades de Marcia era su alegría. Más que sonrisa, en su boca hubo siempre una risa franca y estruendosa que contagiaba a quienes estábamos a su alrededor. Disfrutaba, como pocos, de las fiestas, los saraos y las guitarreadas. Recuerdo tantas donde hizo gala de su entusiasmo cantando ardidadas rancheras. El baile también se le daba muy bien. Además, en esa actividad lucía su espléndida figura, porque Marcia fue, hasta su muerte: alta, delgada y de configuración muy atlética.

A pesar de su enfermedad pulmonar congénita, que arrastraba desde su nacimiento, Marcia fue siempre una mujer muy vital. Siempre estuvo dispuesta a realizar todo tipo de actividad, ya fuera profesional o personal, sin dejarse vencer por sus males. Nunca oí queja o lamentación salir de sus labios. Quizá debido a esa vitalidad, los pocos que conocíamos la gravedad de su mal, nos olvidábamos de ella al extremo de sorprendernos cuando murió. Como me dijo en una ocasión Ingrid Brena, también amiga de ambas, nos habíamos acostumbrado a verla entrar con frecuencia a los hospitales, pero, asimismo, a verla salir siempre airosa de ellos. Estoy segura de que por esa vitalidad tan suya, Marcia vivió mucho más tiempo que el que los médicos le pronosticaron cuando, de recién nacida, le diagnosticaron su enfermedad.

Es posible que, consciente de que no iba a vivir muchos años, Marcia desarrollara ese espíritu libre y aventurero que tanto la caracterizó. Eso la llevó a deambular por el mundo en cada ocasión que se le presentaba (en sus viajes por Europa, un par de veces me visitó en Madrid y El Escorial), y a darse pequeños y grandes caprichos. Recuerdo cuando adquirió su MG cupé, coche con el que paseaba por toda la ciudad de México y que, a pe-

sar de que le daba grandes problemas de funcionamiento, la hacía feliz y, asimismo, la hacía lucir juvenil, moderna y sana, sobre todo sana.

Por último, Marcia fue una mujer muy valiente, sobre todo en su enfermedad que, repito, enfrentó sin quejas ni lamentaciones. Recuerdo la serenidad con que, hace unos cuatro años, afrontó una de sus crisis estando yo presente. Me había invitado a almorzar a su departamento de Tlalpan cuando se puso muy enferma. Tuve que llevarla de urgencia al hospital Médica Sur, donde daba consulta su médico particular. Yo iba muy nerviosa conduciendo y era ella quien me tranquilizaba. Al llegar al hospital, la ingresaron de inmediato en terapia intensiva. Varios días después estaba otra vez en casa, con su alegría y ganas de vivir de siempre, como si nada hubiera pasado. Valiente fue también ante las adversidades que le deparó la vida, que no fueron pocas, consecuencias quizá de ese espíritu libre y aventurero que Marcia siempre tuvo y que yo tanto admiré.

Todos sabemos que uno vive mientras esté en el recuerdo de quienes nos conocieron y quisieron. Eso me consuela mientras escribo estas líneas. Marcia vive en el corazón de su madre, sus hermanos y sobrinos, de sus colegas del Instituto de Investigaciones Jurídicas y de la Facultad de Derecho de la UNAM, de sus muchos amigos, y, por supuesto, de su “madre académica”. No te olvidaremos Marcita, ni tampoco te olvidarán las generaciones venideras a través de este merecido libro-homenaje que tus compañeros del Instituto hoy te ofrecen. Allí donde estés, hasta muy pronto.